

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Roberto Benítez Contreras

“Falsa crónica de una boda y unas cuantas verdades”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 68, abril-junio de 2024, pp. 28-31.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Falsa crónica de una boda y unas cuantas verdades

Roberto Benítez Contreras

Primera llamada...

Corría el año de 1980 –finales de junio, principios de julio–; yo acababa de cumplir 17 años, cursaba el último año de preparatoria, joven introvertido, xalapeño, caminaba entre la neblina de las calles, que entonces era frecuente.

Se aproximaba una toma de decisión importante para la vida: ¿qué carrera debería elegir? Por ese tiempo no había otras alternativas posibles de imaginar. Ser “alguien en la vida” tenía que ver con el profesional en que te convertirías en algunos años, a partir de estudiar una carrera. De antemano, mi madre ya había decidido por mí: sería arquitecto o maestro de primaria; era lógico, esas eran las profesiones de mis padres, ¿para qué darle vueltas? No había que pensar otra cosa. Si bien sobre esta premisa el rumbo de mi futuro estaba claro y eso evitaba conflictuarme, yo ciertamente no sabía nada.

La neblina no solo viajaba por el ambiente sino que había penetrado en mis pensamientos; los hilos que movían a mi personaje adolescente eran los siguientes: obtener buenas calificaciones, no desobedecer para no ser castigado, asomarme levemente a las co-

Derivado de esto y casi clandestinamente [...], entré a los Talleres Libres de Actuación, los martes, jueves y sábados de 5 a 7 p.m., con un señor pelón, que era como el cliché de los directores de cine: gorra de lana con visera, bigote abundante y en la mano derecha un cigarro de marca Delicados (sin filtro); su nombre: Jorge Castillo.

sas curiosas que se les ocurrían a mis amigos y nada más.

Las palabras “arte”, “literatura”, “teatro”... las había descubierto por alguna tarea escolar en algún libro que compilaba fragmentos de obras cumbres para la humanidad. Mi contacto con el cine consistía en ir los domingos a la matiné a ver con mi hermana películas de El Santo y toda su saga o las de Viruta y Capulina que pudiéramos encontrar antes de ir a misa de una, y eso era todo. En la televisión solo recuerdo *Siempre en domingo*, que me entretenía pero no me interesaba; en cambio, las telenovelas de los *Domingos Herdez*,¹ a las 10 de la noche, esas sí, pero solo me permitían ver el principio, porque al otro día había que madrugar.

Así corrían aquellos tiempos, sin grandes sobresaltos, hasta que por azares del destino el padre de un amigo nos regaló unos boletos para ir a un teatro llamado La Caja en la zona universitaria de la Universidad Veracruzana. Quizás no fue la primera representación teatral que vi en mi vida, pero sí la primera que recuerdo: *Canto del fantoche lusitano*, de Peter Weiss, dirigida por Mercedes de la Cruz.

La experiencia como espectador fue sensorial más que intelectual. Yo ignoraba muchas

cosas: ¿dónde estaba Lusitania? o ¿qué significaba la independencia de un país? Yo solo sabía que estaba ante algo inédito: ver cómo un grupo de personas realizando una serie de acciones lograba conmovirme, sorprenderme, contagiarme de sus emociones, mediante un “juego mágico” al que llamaban teatro.

Derivado de esto y casi clandestinamente (a mi mamá solo le dije que iba a un taller de alguna cosa), entré a los Talleres Libres de Actuación, los martes, jueves y sábados de 5 a 7 p.m., con un señor pelón, que era como el cliché de los directores de cine: gorra de lana con visera, bigote abundante y en la mano derecha un cigarro de marca Delicados (sin filtro); su nombre: Jorge Castillo.



Estridentópolis (2014). Foto: Samuel Padilla

A partir de allí, con inseguridad y miedo, pero también con entusiasmo, se empezó a abrir otra parte del mundo que desconocía más allá de saber que el cuerpo servía para jugar fútbol con mis amigos los sábados. No pensaba que sirviera para otra cosa. Sí, la ignorancia puede llegar a lugares insospechados y a profundidades tan ocultas que desconocemos.

El amor clandestino por el teatro fue generando nuevas visiones sobre el mundo, otras posibilidades de ser y manifestarse. Después de ese primer taller que culminó con la presentación de una obra infantil, participé en otros talleres y obras, estas veces dirigido por el maestro Paco Beverido, quien con su entusiasmo, disciplina y conocimiento alentaba mi curiosidad por el teatro, aunque sabía muy bien que esa actividad era un entretenimiento, un pasatiempo que tendría que dejar en cuanto terminara la preparatoria, ya que mi destino estaba escrito y determinado, no había otra posibilidad para mí.

Todo esto antes de aquel verano de 1980.

Segunda llamada...

Un día, no recuerdo cómo, pero me encontré sentado a mitad de las escaleras en la parte izquierda de un recinto llamado, en ese entonces, Sala Chica del Teatro del Estado. El lugar estaba completamente lleno; no existía aún protección civil alguna que supervisara que los accesos se encontraran libres, por esa razón se podían ocupar las escaleras como asientos. El teatro estaba completamente lleno, abarrotado de personas ansiosas, en espera del inicio de la función: era el estreno de *La boda*.

Entonces ni siquiera sabía qué era lo que iba a presenciar; acudí seguramente por obra y gracia del azar. Tiempo después me enteré y comprendí: se trataba de la primera puesta en escena realizada con egresados de la Facultad de Teatro de la UV; es decir, la presentación al público no solo de una obra, sino del resultado de un proceso forma-

tivo como actores de un grupo que conformaba la primera generación de esa facultad. En ella también participaban actrices y actores que habían egresado de la Escuela Nacional de Arte Teatral de la Ciudad de México y que habían sido alumnos del maestro Raúl Zermeño, por entonces director de la Facultad de Teatro y director de aquella puesta en escena.

El Foro Teatral Veracruzano fue el nombre de la compañía que esa noche presentaría *La boda*. Sin saberlo, estaba en el centro de un festejo teatral de enorme relevancia.

Hago un paréntesis técnico para recordar algunos datos: dicho foro estaba integrado por Metzli Adamina, Damián Alcázar, Rodolfo Alvarado, Jesús Angulo, Guadalupe Bocanegra, Pilar Caro, Miriam Cházaro, Tomás Mendoza, Enrique Pineda, José Luis Rivero, Alberto Salgado y Rosalinda Ulloa. La coreografía la realizó Guillermo Palomares; la escenografía, Ernesto Bautista; el vestuario, Lucille Donay; el diseño del cartel, Leticia Tarragó; Raúl

Zermeño fue el responsable de la dirección de escena, además de ser el director artístico.

La versión del maestro Raúl Zermeño (o en la que se “inspiró”, como lo señalaba el programa) adecuaba a la sociedad mexicana el ritual festivo que propone la obra de Brecht (*Die Kleinbürgerhochzeit*, 1919). Se trata de un drama en el que se plantea la hipocresía social mediante la celebración de una boda que inicia con la euforia de las altas expectativas que puede tener un matrimonio

La versión del maestro Raúl Zermeño (o en la que se “inspiró”, como lo señalaba el programa) adecuaba a la sociedad mexicana el ritual festivo que propone la obra de Brecht (*Die Kleinbürgerhochzeit*, 1919). Se trata de un drama en el que se plantea la hipocresía social mediante la celebración de una boda...

cuando empieza, pero que gradualmente se van diluyendo hasta develar una verdad oculta, de tal forma que el espectador llega a ser testigo y cómplice de esta amarga ruina.

Recuerdo que esa noche, desde el primer momento, los espectadores nos entregamos a vivir la ficción junto con los personajes: las risas, las sorpresas y la algarabía nos colocaban en el centro del festejo como si fuéramos los mismos invitados y poco a poco nos iban llevando al desconsuelo final. Y qué decir del aplauso; nunca antes había presenciado algo así; era una fiesta, el público de pie, ovacionando, sinceramente agradecido y feliz por atestiguar el acontecimiento de esa noche...

La Asociación Mexicana de Críticos en enero de 1981 otorgó al montaje de *La boda* los siguientes reconocimientos: el premio de Director Revelación a Raúl Zermeño, la nominación de Coactuación Femenina para Rosalinda Ulloa, el Premio Xavier Villaurrutia (Teatro de Búsqueda) a todo el equipo del Foro Teatral Veracruzano.

La puesta en escena continuó presentándose con mucho éxito en diferentes temporadas, tanto en Xalapa como en la Ciu-

dad de México, en el Teatro Milán, el Teatro Casa de la Paz, entre otros. En marzo de 1981 la compañía hizo una gira por Cuba y Nicaragua que, igualmente, resultó exitosa. Llegó a más de 300 representaciones, logro difícil de alcanzar para cualquier espectáculo teatral y en cualquier época.

Por todo ello, la Facultad de Teatro de la Universidad Veracruzana se colocó como una de las instituciones más importantes en la formación actoral y en la actividad artística del país.

Tercera llamada...

De regreso a casa, ya sin neblina y tratando de asimilar el acontecimiento, comencé a preguntarme con seriedad: ¿qué es la vocación?,

¿cómo descubrir cuál es la profesión adecuada para cada persona?

“Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera”, escribió Juan Rulfo en 1955. Yo no soy Juan Preciado, mi madre sigue viva y no le prometí ser arquitecto o maestro de primaria; y sin embargo, la sensación de haber tocado otro territorio aquella noche era similar a la de haber llegado a Comala.

Muy pronto tendría que decidir un camino y, aunque seguía sin tener las herramientas para hacerlo, mi intuición me decía que esa noche se había abierto una puerta, que no podía ni debía ignorar.

La vocación se compone del interés y las habilidades para hacer determinada carrera o actividad. En mi caso, aquella noche me surgió la curiosidad sobre cómo aquel grupo había sido capaz de lograr tal comunión con el público, cómo un trabajo podría consistir en recrear personas semejantes a las de la realidad pero claramente diferentes en su esencia sintética, seres que hablaban y se movían en un espacio relativamente reducido pero suficiente para crear un pequeño universo que abría la imaginación del espectador. Aquella noche, sobre todo admiré con cuánta fe, orgullo y gusto mostraban esos jóvenes su trabajo al público de forma sincera y honesta.

Algo así –me dije– me gustaría hacer, y ya, desde el momento de pensarlo, me paralizaba el imaginar ese futuro.

Interés y curiosidad no había duda que los tenía, pero ¿habilidades? Eso no podía saberlo, y a pesar de haber participado en diferentes talleres de actuación, dar funciones de algunas obras, e incluso haber tenido la osadía (o mejor dicho necedad) de dirigir

a mis amigos de preparatoria en una obra de creación colectiva... nada de eso era suficiente y más bien descubría nuevos misterios.

El tiempo inevitablemente se acercaba, no había forma de detenerlo.

Terminando la preparatoria, que entonces era de dos años, saqué fichas para presentar examen de ingreso para la carrera de Arquitectura en la UV, la Benemérita Escuela Normal Veracruzana y, muy tímidamente, casi sin decirlo, para la Facultad de Teatro de la UV. El argumento para convencer a mi madre: "Voy a presentar en Teatro por si no llegara a quedar en las otras, pero tú no te preocupes, no es mi primera opción... (creo, dije para mis adentros)".

Y así fue sucediendo: en Arquitectura me aceptaron, en la Normal no, y en Teatro sí.

El debate con mi madre inició. Acudí a dos clases de Arquitectura... Pensar en llevar dos carreras era imposible ya que la Facultad de Teatro requería tiempo completo y repleto. La vida me estaba empezando a cambiar y decidí estudiar Teatro. Las consecuencias fueron que después de unos meses me fui a vivir con mi abuelita... y así seguí estudiando durante los cinco años que duraba la carrera.

El valor de nuestros actos lo otorga la valentía de realizarlos y por primera vez me sentí libre de decidir algo importante para mi vida; no fue nada fácil. En el proceso fui descubriendo las habilidades que sí podía tener y las que no; fue doloroso y a la vez enriquecedor. Los aprendizajes me sacaron de la adolescencia y me condujeron a la adultez.

Ya en la Facultad de Teatro fui de la actuación a la dirección escénica y más tarde a la docencia.

Muchos años han pasado y, por fortuna, el arrepentimiento



Estridentópolis (2014). Foto: Samuel Padilla

por aquella decisión no ha llegado; muy por el contrario, el viaje ha traído muchas satisfacciones y aprendizajes. La visión del mundo que ahora puedo tener está íntimamente relacionada con el teatro, como actividad, como perspectiva y como motor.

Y como todo tiene un principio, es sano recordar el origen, volver a aquel momento de hace 43 años, jalando el hilo de una crónica quizás inexacta por los juegos que tiene la memoria, pero sí sentida y vívida, como un testimonio determinante no solo para mi persona, sino para una generación de egresados que siguen generando

intensamente un trabajo teatral en diversos lugares del país.

Hora de seguir, para proseguir entrando a escena. **LPyH**

NOTA

¹ En 1962 los hermanos Hernández-Pons crearon la marca Herdez dentro de la línea de productos enlatados. Para impulsarla, patrocinaron el programa de variedades llamado *Domingos Herdez*, el cual se transmitió durante 12 años en el horario nocturno estelar.

Roberto Benítez Contreras es académico de tiempo completo, actor, director escénico, y docente desde 1989 en la Facultad de Teatro de la UV.